

llega á penetrarse de su contenido, hará mil necios comentarios, cuyos resultados le serán indiferentes en uno de esos sencillos desahogos de amistad con que las familias se obsequian en ocasiones en que la oportunidad les ofrece alguna fiesta ó en un dia particular del año. ¡Ah, de solo pensarlo me estremezco! Es verdad que despues no he podido menos de felicitarle de sus resultados; pero pudieran haber sido fatales, y así en nada estuvo que yo hubiese jemido durante muchos años en lugar de haberme sonrojado algunas horas solamente. Quemad vuestros papeles, hijos míos, quemadlos todos, aun el mas insignificante, en beneficio del aseo de la casa y tambien de vuestra seguridad.

Así habla mi tia; y si la abandonan UU. y se dirijen adonde está mi tio, y le preguntan algo relativo á la pantomima de los tomadores de rapé, les contestará: —¡Ah! el rapé representa un gran papel en la historia de mi vida. Si, el rapé ha decidido de mi suerte, y me es imposible tomarlo sin dejar de recordar con ternura y satisfaccion esta aventura.

Desde luego no puede U. prescindir de pedirle la relacion de ella por tener algo de interes: por lo demas nada importa, pues U. bien sabe que mi tio es muy locuaz. No le dará U. mayor placer que prestarle su atencion, porque él se llena de júbilo contando su historia favorita. Todos los dias, y sin la menor variacion, la refiere, empezando á toser con una sonoridad de buen agüero. Entonces mi tia, habituada á este llamamiento, viene á sentarse á su lado, y mi tio entra en materia.

Historia de mi tio.

Hace 20 años era yo un gran mozo, ricamente dotado por la naturaleza, como puede U. convencerse por el retrato que está colgado en medio de las dos ventanas, pero en recompensa muy-parcamente tratado por la fortuna. Era huérfano; y como mi padre, antiguo oficial de marina, me habia destinado á seguir la misma carrera, fui colocado con Villaret Joyeuse, amigo de mi familia; me hizo su secretario, y con él debia salir al mar en la primera campaña.

Aguardando mi partida, que en aquellos tiempos de lucha europea no podia dejar de ser muy próxima, me iba á pasar mis ocios á casa de Mr. Roubard, ex-armador, á quien mi padre, capitán de navio mercante, habia ayudado no poco á engrosar su fortuna. Mr. Roubard se hallaba retirado hacia algun tiempo de los negocios, y vivia en Paris con su familia. Ponia el mas esmerado cuidado en la educacion de su hija-Elisa, la que contaba entonces tres lustros de edad.

Yo era perfectamente scojido en la casa de Mr. Roubard, que era, por decirlo así, la mia propia. Fui criado en union de Elisa, por lo que la miraba como á mi hermana.

Elisa era una jóven hechicera. Y para economizar á U. una descripcion demasiado estensa de sus encantos, diré en compendio que jamas habia visto hermosura mas completa.

Esperimentaba por ella una aficion vaga que nunca habia discurrido; la veia con placer, y cuando mis servicios me detenian algun tiempo lejos de ella, sentia que me faltaba alguna cosa. Esto lo tomaba yo por mera amistad; sentimientos muy naturales entre dos jóvenes que á la par han crecido á la vista de sus parientes. Jamas me habia yo preguntado si tenia amor; y debo aplaudirme de ello, porque semejante descubrimiento hubiera sido para mí una sentencia terrible. Ella era muy rica, y mi existencia demasiado precaria para que pudiese pensar en casarme con ella. Yo era demasiado hombre de bien para intentar seducir á la hija de mi bienhechor: de un hombre que miraba como á mi segundo padre.

Felizmente mi imaginacion estaba bien distante de crear semejantes ideas, y hubiera vivido en una quietud perfecta sin la perspectiva de una partida inminente. En efecto, Villaret Joyeuse aguardaba de Brest las órdenes de la Convencion; ya el rumor jeneral se esparcia de que la armada iba á darse á la vela para proteger la escuadra que traia á nuestro estado de miseria, por falta de alimento, un convoy de granos de los Estados-Unidos. Como Villaret me habia prevenido que yo seria de los de la primera campaña, aguardaba de un momento á otro la órden de partida.

Una noche que fui en busca de Mme. Roubard y de su hija para llevarlas al teatro, en los momentos en que Elisa se adornaba, dirijió una milésima filípica contra el rapé en circunstancia que traia yo en la mano una cajita de confites, que ella habia creído era de rapé. Jamas perdió la menor ocasion de desacreditarle, dando un cruel combate de burlas y sarcasmos á todos los polvistas de la sociedad. Como siempre sus caprichos eran ingeniosos, los que la oian se reian, aplaudiendo á tan hechicera oradora. Estos pequeños triunfos animaban á Elisa, por lo que redoblaba su ardor, é infeliz de aquel que servia de punto de vista á su cáustica fantasia. Sus sermones habian sido dirigidos con tal agudeza que pudo conseguir de su padre que renunciase el rapé: mas de una vez, los que revoloteaban á su alrededor habian hecho á su conquistadora elocuencia el sacrificio de sus cajas de rapé, salvo el de volverlo á tomar á escondidas. Para mantener la paz, yo me habia abstenido cuidadosamente de tomarlo: es verdad que no hacia ningun mérito de este hecho, en atencion á que mi antipatia natural le habia ya decidido mas que los anatemas de mi linda compañera.

Aquella noche, mientras Elisa tomaba su mantilla, y fulminaba mil imprecaciones en contra del rapé, yo me divertia en dibujar al lapiz una cabeza formada de varias caricaturas de polvistas, con la cual le hice un regalo.

—Está muy bonito, dijo Mma. Roubard. ¡Muy bien! Elisa, regala á Mauricio en recompensa tu album. Me parece que Elisa se ruborizó.

—No tenemos tiempo, respondió ella, y por otra parte este album no es para presentarlo por haber garabateado en él ayer mil locuras.

—No importa, le dije sonriendome, yo lo quiero.

—Vamos, Elisa, no vayas á gastar cumplimiento con Mauricio. Yo lo comprendo: no se atreva á enseñarlo porque es el retrato de U.

—¡Mi retrato! Ahora lo aprecio mas.

Elisa no podia hacerse mas de rogar, tanto mas, cuanto estábamos dentro de su cuarto, y le era fácil abrir su papelera para tomar el album.

Se decidió con un aire evidentemente contrariado. Esta pantomima me sorprendió, y desde entonces no perdí un momento de vista á mi jóven amiga. Notaba que despues de haber tomado el cuaderno despedazó vivamente algunas pájinas, y las arrojó sobre la tablilla de la papelera. Desgraciadamente las hojas no pudieron mantenerse y cayeron en el suelo: me precipité á cojerlas, mas bien por curiosidad que por galanteria. Mi movimiento habia sido tan rápido que no pudo Elisa evitarlo. En su turbacion apenas tuvo bastante tiempo para rechazarlas con el pie, diciendo:

—No se tome U. la molestia de recojerlas, porque estas son unas pájinas insignificantes. La criada las quemará cuando limpie el cuarto.

—Si, señorita, respondió María. Y Elisa, que tenia prisa de que nos alejáse-

mos del cuarto, apenas me dejó ver mi retrato, cuya semejanza era en efecto sorprendente: coloqué el album en mi bolsillo, despues de haber dado á Elisa las gracias, y salimos.

En el teatro, la jóven estaba preocupada. Cuando le hablaba notaba algun embarazo en sus respuestas. Esto me interesaba mas de lo que U. puede suponer.

Mr. Roubard vino á encontrarnos al teatro, y yo me aproveché de esta ocasion para tomar el permiso de las señoras, pretestando sufrir una fuerte jaqueca, dirijiéndome hácia la casa de Elisa. Aquellas pájinas rotas no se apartaban un instante de mi memoria, y me lisonjeaba la vaga esperanza de que interrogando con el mayor cuidado á la criada, ó por cualquier medio, las podria encontrar. Esta curiosidad, es menester convenir con la verdad, empezaba á semejarase mucho á los celos.

Yo continuaba un plan de ataque en contra de la camarista, cuando oí su voz. Estaba en casa de un estanquero vecino, y disputaba sobre el precio de un paquete de diarios y otros papeles que el estanquero estaba pesando. La compra se concluyó á satisfaccion de ambas partes; la criada salia con varios sueldos en la mano, y el estanquero se puso á hacer cartuchos con su nueva compra.

Una idea llegó á ocupar mi imaginacion.... Esta venta de papeles.... La órden que Elisa dió de arrojar al fuego ó á las barreduras las hojas arrancadas del album, las que con la precipitacion mas singular rechazó con el pie. Ellas deben encontrarse en ese paquete. Entré en casa del estanquero bajo el capcioso pretesto de comprar una onza de rapé: mientras que me servia, mis miradas se sepultaban en el monton de papeles, en donde reconocí con indecible placer algunos fragmentos con la escritura de Elisa. Al momento reuní tres de ellos por un movimiento de manos diestramente dirigido. El estanquero parece que no lo percibió, ó no creyó que valia la pena de una riña, por lo que me llevé triunfante mi presa.

Llegué á mi casa, y desdoblé los papeles con una agitacion que me era imposible vencer: mis manos temblaban.... ¡Tenia celos?... ¡Ay!.... creo que sí. (Se concluirá.)

PUERTO-RICO 25 DE MAYO DE 1847.

Relacion de las multas que han impuesto varios Alcaldes, Alcaldes-Corregidores y Tenientes á guerra, en el mes de Marzo próximo pasado por las causas que á continuacion se expresan.

Ps. Rs.

Camuy.

- José María Rosado, insolvente, sufrió un dia de cárcel por falta de cumplimiento á las órdenes de este Tribunal.
- José Aquino Valerio, insolvente, sufrió un dia de cárcel por la misma falta anterior.
- Julian Perez, insolvente, sufrió un dia de cárcel por falta de respeto al comisario de su barrio.
- Ventura Ramos, insolvente, sufrió un dia de cárcel por la misma falta anterior.
- Gregorio Ribera, insolvente, sufrió un dia de cárcel por falta de cumplimiento á las órdenes de este Tribunal.
- Pedro Patricio, insolvente, sufrió un dia de cárcel por la misma falta anterior.
- D. Miguel del Rio, por una res suelta..... 1 0
- Faustino Avilés, insolvente, sufrió un dia de cárcel por falta de respeto al comisario de su barrio.
- Francisco Serrano, insolvente, sufrió dos dias de cárcel por infraccion al art. 35 del Bando de policia.
- D. Miguel del Rio, por falta al art. 144 del Bando de policia. 4 0
- D. José Concepcion Martinez, por haber desafiado á D. Alejandro Hernandez, segun juicio verbal, fue multado en. 4 0
- Gregorio Ribera, multado en un peso por una res suelta y traída á la cárcel.
- Antonio Castro, insolvente, sufrió dos dias de cárcel por falta al llamamiento á este Tribunal.
- El mismo, sufrió un dia de cárcel por haber vendido un gallo, que no era suyo, segun juicio.
- Francisco Morales del Rio, insolvente, sufrió un dia de cárcel por falta al llamamiento del Tribunal.
- Miguel Soto, insolvente, sufrió un dia de cárcel por la misma falta anterior.
- Juan Negrón, insolvente, sufrió un dia de cárcel por haber abandonado su barrio sin conocimiento del comisario.
- Pedro Valle, sufrió dos dias de cárcel por falta al art. 35 del Bando de policia y buen gobierno.
- Manuel de la Cruz, insolvente, sufrió dos dias de cárcel por falta de comparendo á este Tribunal.
- Eugenio Patricio, insolvente, sufrió cuatro dias de cárcel por ratero, condenado en juicio verbal.
- D. Andres Gonzalez, por una res suelta..... 1 0
- Laureano Martinez, insolvente, sufrió un dia de cárcel por falta de comparendo á este Tribunal.
- Francisco Morales del Rio, sufrió como insolvente un dia de cárcel por la misma falta anterior.
- Manuel Rosado, insolvente, sufrió un dia de cárcel por la misma falta anterior.
- Jesus Maldonado, por una res suelta..... 1 0
- Félix Luciano, insolvente, sufrió un dia de cárcel por haber tenido palabras insultantes con Agustin Rodriguez.
- Agustin Rodriguez, por la misma causa anterior sufrió un dia de cárcel.
- Juan Hipólito Nieves, insolvente, sufrió un dia de cárcel por falta de comparendo á este Tribunal.
- D. José Santana, por una res suelta..... 1 0
- Cármén Prieto, insolvente, sufrió un dia de cárcel por haber entregado una res que estaba en la cárcel sin dar cuenta á este Tribunal como cabo que era de la guardia.
- D. José Jinés, multado en cuatro pesos por falta de respeto á los comisarios de su barrio.